



Somos servidores de la vida, de toda vida y de la vida de todos

José María Rubio

Somos instrumentos del Señor para ayudar a los enfermos a vivir en su enfermedad una experiencia de consuelo, de plenitud y de gracia y transmitirles un mensaje de esperanza.

En su mensaje a los participantes en el XLV Congreso Eucarístico de Sevilla, los enfermos nos describían maravillosamente lo que es para ellos la Eucaristía como experiencia de vida divina: *“Sentir que Jesús nos ama, que está con nosotros iluminando nuestra existencia, sanando nuestras heridas, dándonos fuerzas para hacer la voluntad de Dios, invitándonos a ser testigos suyos. La Eucaristía nos conforta y nos sostiene, nos ayuda a encontrar un sentido al sufrimiento, a vivir el sufrimiento con amor, a ofrecer el sufrimiento por la Iglesia y por la humanidad. En la Eucaristía experimentamos el gozo de ser solidarios con los que sufren, de compartir la paz y la alegría que Dios nos da, de ayudar a los demás a ser más generosos y a vivir con esperanza”*

Y dedicaban unas palabras a los profesionales sanitarios: *“Os expresamos nuestro aprecio y gratitud por el servicio que prestáis a los enfermos, por vuestra competencia y vuestra generosidad. Sois la cara amable en medio del dolor. Continúa en el empeño de humanizar la asistencia sanitaria. ¡Que el Señor os colme con sus dones!”*

A los profesionales sanitarios y especialmente a los médicos, se nos reconoce el poder de encender y apagar la vida, de dormirla o despertarla, de manipularla conforme unos límites establecidos. Como medios o herramienta divina, los agentes sanitarios hemos sido llamados a facilitar al enfermo la presencia divina en su enfermedad y su encuentro con Dios y esto lo hacemos constituyéndonos en servidores de la vida, de toda la vida y de la vida de todos. Pero

¿De qué vida somos servidores?

Está claro que entre nuestros objetivos profesionales está conseguir para nuestros ciudadanos una vida sana (con salud) y saludable (generadora de salud) feliz, gozosa, ecológica y con sentido (integrada, en armonía, con esperanza). Pero si nos sentimos llamados a servir a la vida cuyos ingredientes acabamos de reconocer en el mensaje de los enfermos, los objetivos deben de ampliarse y el modelo está en la Eucaristía. La vida eucarística debe ser para el cristiano una vida partida, compartida, repartida y entregada; una vida identificada, unida a Cristo.

La vida eucarística es una vida identificada, unida a Cristo

Identificada con el pensamiento de Cristo y su evangelio en el que no existe el término bienestar sino bienaventuranza; al lavarle los pies a los discípulos en la Última Cena, el Señor nos enseñó que el servicio es el único camino de la felicidad: “*Si hacéis esto, seréis dichosos*”(Jn 13,17)

Con los mismos sentimientos de Cristo que vino a salvar y permanece especialmente en los más pobres, en los enfermos y en los necesitados.

Vivida al modo de Cristo, quien por alcanzarnos la plenitud de la condición humana “*...aun siendo de condición divina, se despojó de su rango y se hizo semejante a los hombres y se humilló así mismo obedeciendo hasta la muerte, y una muerte de cruz*”(Fil 2,6-8). En este amarnos hasta el extremo Cristo crucificado es la medida para la vida del hombre. Al contemplar las pobreza y las enfermedades del mundo descubrimos demasiadas heridas abiertas que tenemos el deber cristiano de curar: dolores e injusticias, desigualdades y divisiones, el racismo, la violencia, la explotación, la esclavitud, el hambre, el aborto, son heridas abiertas en el costado del hombre y la mujer actual que nos duelen y nos indignifican. Si con nuestras eucaristías no logramos que una persona viva y muera con dignidad es que no es tal eucaristía.

La Eucaristía, imagen de una vida renovada

La eucaristía nos impulsa a los PROSAC a renovarnos permanentemente como comunidad, conformándonos y modelándonos en el tiempo y en la historia conforme los deseos de Jesús. Nos impulsa y ayuda a renovar nuestra solidaridad, a vivir de la fuerza que genera el poder del amor y de la entrega, a ser testigos de la luz, lo que significa dejar pasar la palabra de Dios, transparentarla en nuestras vidas y no ocultarla ni impedir su paso con nuestros miedos, silencios y todo tipo de turbideces y espesuras.

La Eucaristía nos conduce a ser adoradores agradecidos, conocedores del bien de Dios en el que nos pide “*dame de beber*”; nos purifica, transforma nuestros deseos y nos convierte en generadores de esperanza, dispuestos siempre a preparar la mesa donde el Maestro quiera celebrar la Pascua y a contestar, si alguien nos pregunta, “*El Señor lo necesita*”.

La Eucaristía para los PROSAC es fuerza, medicina, verdad, amistad, servicio, diálogo, alimento, paz, acción de gracias, celebración, comunidad, humildad, mandamiento, modelo, plenitud, excelencia del amor y del servicio, rostro, presencia de Dios.